

BORDES ETERNOS

Francisco H. Moncayo

Despierta la mañana. Se descorren los tules. Girones de albas nubes. Velos que al primer beso del sol se arremolinan, se fragmentan y van desapareciendo... La pupila del astro se abre plena de claridad. Y el Imbabura se estremece de gozo. En la ca-

beza de este viejo león dormido, altar de gloria de la raza se crisan los dardos matutinos... A sus faldas, "San Pablo" se despereza inquieto, en sus abluciones diarias. Cusín es un insecto azul. Cunru, un muchachote que avizora las breñas plateadas del Cayambe... Hacia el sur, el sur lejano, cerrando un ángulo, la negra sinfonía del Mojanda. Crestas erizadas con su duelo. Rostros agrios y sombríos que velan en silencio, el sueño de las siete ninfas de cristal, que duermen impasibles su sueño de tristeza, arrulladas por los vientos parameros.

Almohadón mullido, Quichinche se tapiza con la carne morena de sus mieses. Recibió la caricia mañanera y será también la que reciba el último suspiro de la tarde. Lecho descubierto; el Cotacachi levanta su testa blanca y lanza su bostezo helado que quema la sangre. Viejo Cotacachi. Vestido de gala, se avergüenza de sus días de cólera, de sus rugidos roncós y su baba destructora que rompió despiadada el concierto, la idílica paz de la provincia. Parece que hay huellas de lágrimas en sus ojos. Asama. Más cerca Cotama. Cierran el marco por su lado. Los vientos fríos del norte se detienen absortos, pensativos, en los umbrales de esta puerta. Y perdiendo sus violencias, elevan sus canciones en los bosques espesos de eucaliptos de Quinchuquí y Peguche. Reiloma, Pucará, son ventanas abiertas. Alfombradas con el verde de los maizales. Por sus laderas vagarán los pastores y mientras sus ganados repletan sus vientres con la yerba, ellos llenarán sus espíritus con los lamentos de las flautas delicadas. En el seno, forjado por los altozanos, acariciada por las ondas del Tejar y del Machángara, fresca, hermosa, con el perfume delicioso de sus jardines, Otavalo, –luz de la mañana recién nacida– es la hembra que canta la eterna canción de primavera. Tierra pródiga, romántica. Pueblo sano. Es la crátera amorosa de juventudes fuertes. Con sus casitas apiñadas, como un manojo de gracia, con sus contornos gallardos –suelo hospitalario, rinconcito imbabureño– en medio de sus caminos ofrece el calor de sus cariños, llamando a los que sufren para que puedan detenerse en sus andanzas y encontrar para el dolor sangrante, el perfume de las consolaciones.

"Imbabura", Nos. 3 y 4, septiembre-octubre de 1928.